

PASEANDO POR SEVILLA CON MANUEL FERRAND

Por EVA DÍAZ PÉREZ

Un hombre pasea por la ciudad. Camina, observa y, sobre todo, divaga. Es nuestro gran divagador, aunque en realidad sus divagaciones no son plúmbeas, pesadas e hiperreflexivas, como a veces suele ocurrir. Muy al contrario, las divagaciones ferrandianas son flechas ligeras y certeras que apuntan al corazón de la ciudad. Son divagaciones de un paseador, de un descubridor del alma de Sevilla, de un escritor que con gracejo y donaire supo desentrañar el complejo misterio de la ciudad. Un hombre que escribe: “En Sevilla se diría que todo es efecto de la luz, del deslumbre del mediodía. [...] Resol violento, artero, porque es amigo de la postal e ingrato con los pintores”.

En el año del centenario, Manuel Ferrand bien merece un homenaje impulsado por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras donde el gran escritor y periodista ingresó en 1979 con un discurso en el que nos descubrió al Bécquer novelista. Ferrand acertaba a encontrar el lado curioso de las cosas, el perfil insólito, la entraña secreta de lo que hasta ese momento creíamos conocer. Él siempre lo devolvía contemplado a una nueva luz, estrenado e intacto.

Yo no conocí personalmente a Manuel Ferrand, pero siempre he tenido la sensación de haber conversado largamente con él. Quizás es porque lo he leído y tengo en mi biblioteca el tesoro de buena

parte de su producción literaria y periodística. Libros subrayados y releídos, ejemplares gastados porque los compré en librerías de viejo, ya que hoy sus libros son difíciles de encontrar. ¿Cuándo llegará un rescate editorial completo de nuestro gran autor? Esos libros de Manuel Ferrand los he llevado en muchas ocasiones como auténticas guías del alma de la ciudad. De ahí que sean volúmenes de lomos fatigados de tanto caminar y caminar por Sevilla.

Mi particular homenaje es un paseo con Manuel Ferrand para redescubrir la Sevilla del escritor. Hay que advertir que este ejercicio de recorrer una ciudad a través de la mirada de un autor no es tan fácil. En primer lugar, porque no son muchos los escritores que consiguen llegar al alma de Sevilla y además crear una auténtica teoría de la ciudad. Manuel Ferrand sí es uno de nuestros grandes divagadores, porque de la misma forma que hay una Sevilla de Cernuda, de Blanco White, de Antonio Machado, de Chaves Nogales, de José María Izquierdo o de Romero Murube, podemos encontrar los rastros de lo que podríamos denominar una cartografía sevillana de Manuel Ferrand. Así que caminemos junto a nuestro escritor.

El mapa sentimental de Manuel Ferrand comienza en una hermosa casa de la calle Rodrigo Caro, en pleno barrio de Santa Cruz. Allí nace el nieto del ingeniero francés Teodoro Julio Ferrand, que se había afincado en Sevilla para ocuparse de la conexión ferroviaria entre Sevilla y Granada y también para dirigir la construcción de la estación de San Bernardo.

Sin embargo, esta collación de Santa Cruz no será el barrio de la infancia de Ferrand sino la ciudad de las afueras, la Sevilla que comienza a nacer y a reconocerse también en los extramuros. Será en un Nervión recién estrenado donde su padre Manuel Ferrand Rodríguez, perito aparejador que creó su propia empresa de canalizaciones, levante la casa familiar por considerar que era el mejor lugar para la crianza de sus hijos. Y así crece Manuel Ferrand en un chalecito nuevo rodeado de aire libre, jardines y un sugerente horizonte donde Sevilla deja de ser ciudad para comenzar a ser campo. Una magnífica Arcadia para un niño con curiosidad.

El padre del escritor construye una casa de dos plantas rematadas por un castillete a la que llama Villa Carmela por su esposa: Carmela Bonilla. Ese será el primer territorio de Manuel Ferrand mientras su padre se dedica a realizar la infraestructura

de algunas obras de la Exposición Iberoamericana de 1929 como la fuente luminosa de la Plaza de España. O las obras de canalización de edificios emblemáticos como los Almacenes Peyré.

Este barrio de Nervión, que es una Sevilla aún por hacer, aparece sugerido en algunos pasajes de las novelas de Manuel Ferrand. Un paraíso de la infancia que traslada en un hermoso ejercicio autobiográfico a novelas y cuentos. El otro callejero biográfico que nuestro autor convierte en mapa literario será el barrio de Los Remedios, donde vivirá muchos años ya con su familia. Un barrio también nuevo y moderno que de la misma forma convertirá en cartografía literaria en su novela más famosa, *Con la noche auestas*, con la que obtuvo el Premio Planeta en 1968. Porque no olvidemos señalar que Manuel Ferrand ha sido el único escritor sevillano que ha ganado un Premio Planeta.

Así que paseemos con el autor por la Sevilla de su memoria, por el mapa emocional que nos regaló en sus artículos y en sus libros. Es la memoria sevillana de Ferrand un laboratorio narrativo en marcha, un territorio en continua transformación, en movimiento. Al leer a Ferrand tenemos la sensación de que es un hombre que escribe andando, paseando, caminando. Es una prosa llena de frescura, de honda inmediatez. Y advierto esto: “honda inmediatez”, que quiere decir que es una escritura aparentemente sencilla, urgente, fruto de lo instantáneo, pero llena, al mismo tiempo, de profundidad y reflexión.

Y para este detalle de su estilo literario creo que nos sirve lo que él mismo escribió sobre la prosa de su admirado Joaquín Romero Murube que, sin lugar a dudas, es el divagador sevillano que lo precede en el tiempo. Dice Manuel Ferrand de Murube en un artículo de ABC escrito en noviembre de 1979 con motivo de los diez años de la muerte del escritor y director-conservador del Alcázar:

Logró Joaquín, nada menos, que montar una teoría de Sevilla (...); aparentemente informal, porque rehuyó de retóricas profesoriales, de un ensablaje sujeto a previo y doctoral esquema. Pudiera dar la impresión equívoca de que insinúa más que define, de que va trazando esbozos para un mural inconcluso.

Y quiero añadir otro detalle que apunta Ferrand sobre el destino literario de Romero Murube y que también podría apli-

carse a él mismo: “He pensado alguna vez –y creo que lo habrá pensado más de uno– que si Joaquín hubiera escrito en Madrid y sobre temas madrileños, hoy tendría la celebridad que sólo consiguen en cada generación unos cuantos”.

No puedo estar más de acuerdo con este argumento. Porque estoy completamente convencida de que un Manuel Ferrand escribiendo en el ABC de Madrid –y no sólo en el de Sevilla, salvo en el caso de alguna que otra Tercera– estaría hoy totalmente rescatado, reeditado, prestigiado y recordado.

Es cierto que Manuel Ferrand formó parte de lo que se llamó la generación de los narraluces. Aquel fugaz y luminoso episodio se produjo a finales de los sesenta cuando un grupo de novelistas andaluces irrumpió con fuerza en el panorama nacional. Destacaron por su calidad literaria y también por ganar buena parte de los más prestigiosos premios editoriales del país: Alfaguara, Ateneo de Sevilla, Ciudad de San Fernando, Nadal, Planeta, Sésamo... La nueva narrativa andaluza parecía surgir como una versión meridional y española del boom hispanoamericano y en la que también había un especial cuidado del lenguaje y una prosa sensorial. Lo sorprendente es que en un lugar con una evidente tradición poética aparecía de pronto un grupo que apostaba por la narrativa.

Fue una literatura que intentó desenmascarar la falsa Andalucía del franquismo, cuestionando esa imagen distorsionada y criticando las injusticias en una tierra especialmente maltratada. Entre la galería de autores que comenzaron a llamarse narraluces –término con el que Carlos Muñiz bautizó a esta generación– estaban Manuel Ferrand, Alfonso Grosso, Manuel Barrios, Luis Berenguer, Julio Manuel de la Rosa, José María Requena, Antonio Burgos, Fernando Quiñones, José Luis Ortiz de Lanzagorta, José María Vaz de Soto o José Manuel Caballero Bonald.

Pero poco nos queda de aquel brillante momento donde Manuel Ferrand tuvo un protagonismo muy destacado, porque hoy es sumamente difícil encontrar los libros de aquella generación. Fuera de Andalucía casi nadie los recuerda. Y aquí nada se hace por difundir y alumbrar ese mapa literario inconcebiblemente en penumbra.

Precisamente Manuel Ferrand escribió un artículo titulado “Escritor en provincias” donde analiza el tema del autor fuera de

los circuitos oficiales. Un asunto que, por cierto, resultó destino. Dice Manuel Ferrand:

Vivir en provincias: un modismo que en labios de moradores de la capital de España tiene un sentido yo diría que peyorativo. Suele acompañarse con gesto de conmisericordia indulgente. El escritor que vive en provincias no está en el quid de muchas cuestiones, no respira el aire renovador del chisme en su momento oportuno, no se incorpora, el pobre, a las pandas que definen, destrazan, elevan, parten y reparten. El escritor en provincias está acostumbrado a escuchar una y otra vez idéntica pregunta: ‘¿A qué esperas para venirte a Madrid?’, frase que más que invitación es apremiante consejo que lleva en sí una carga tan ingenua como pícara de tentaciones. ‘Harías amistad con los críticos, saldrías en televisión y en los periódicos a cada momento’.

Sin embargo, Manuel Ferrand nos devolvía su respuesta que probablemente es lo que ha marcado su escritura. Afirmaba: “Lejos de Madrid, y casi siempre con mayor sosiego, [el escritor de provincias] observa, medita, conversa y se afana en escribir lo mejor posible cada día”. Por eso la suya es una obra sincera, auténtica, brillante y luminosa.

Y no es que invocara un actualizado “desengaño de la corte y alabanza de aldea”, porque con su fina ironía también se contesta a sí mismo trazando una crítica radiografía de la supuesta aldea, de la Sevilla presuntamente literaria. Y que desgraciadamente también podríamos aplicar hoy. Con ese sutil, fino y elegante sarcasmo que destilaba en sus artículos asegura:

Antes me referí al ambiente literario [en provincias] dándolo por existente, cuando en realidad, en nuestras provincias –y aparte dejo a Barcelona– es precario, casi indignante. Y dije que el escritor de provincias tiene mayor sosiego, siendo así que le acechan desasosiegos peores: los que motivan la impaciencia, la sensación de lejanía y, sobre todo, esa asiduidad permanente, esa cotidiana convivencia, que terminan justificando el aserto de que nadie es profeta en su tierra. –Para terminar afirmando– Escritor en provincias, qué buen tema para un ensayo.

Así que paseemos con el gran Ferrand por la ingrata provincia, por el mapa sentimental que narró en sus escritos. Hay una Sevilla que se proyecta con una planimetría metafórica en sus novelas. Ya hemos mencionado Los Remedios de *Con la noche auestas*, pero su territorio novelesco llega hasta el Aljarafe en *El otro bando* o se detiene por callejuelas perdidas, como en *La forastera*.

Y, por supuesto, está Sevilla como laboratorio literario en sus artículos. Porque Ferrand tuvo la habilidad de hacer un periodismo de excelencia convirtiendo sus artículos en memorables piezas por las que ha pasado el tiempo de forma excepcional. De hecho, muchos de esos textos que nacieron como artículos terminaron formando parte de libros como *Calles de Sevilla* (1976), *La naturaleza en Sevilla* (1977), *Gastronomía sevillana* (1985) o *Jardines de Sevilla*, publicado póstumamente en 1997.

En la Sevilla de Ferrand las palomas zurean en las azoteas, los cernícalos rodean la Giralda y los gorriones de Bécquer brujulean en los balcones. En el libro *La naturaleza en Sevilla* desvela el secreto cítrico de los naranjos amargos, los morunos, el limonero, el mandarino y los naranjos dulces. Adivina el olor a confitura de naranja amarga que se esconde en los adarves del caserío. Describe y pinta –porque no hay que olvidar que era pintor y profesor de Arte– estas estampas sevillanas. Narra de forma plástica e impecable el secreto de la luz, el “blanco hiriente de la cal en contraste con el oscuro de las callejuelas”. El secreto de las contrasombras.

Una de las características del periodismo y los libros de ensayo literario de Manuel Ferrand es su solvencia histórica. Fue un autor que, además de escribir con excelencia literaria, demostraba una destacada rigurosidad histórica pues investigaba y consultaba en crónicas del pasado. Por eso lo que nos devolvía eran textos con calidad de página y con una atractiva dimensión divulgativa. Se aprendía historia –literaria, memorial, botánica, artística, económica– con la seducción de la belleza poética. Por eso es una verdadera delicia leer la Sevilla de Ferrand. De ahí, esa más que evidente teoría “ferrandiana” de la ciudad. Porque “ferrandiana” es una palabra que podríamos incorporar al diccionario secreto de Sevilla.

Camina Ferrand por las calles de la novela de su ciudad y se adentra en jardines de palacios antiguos, huertas y compases de conventos y monasterios, arriates y macetillas de corrales de vecinos. En esta obra rastreó en libros, consultó a expertos, preguntó a botánicos, pero, sobre todo, paseó y pasó largas horas con los jardineros del parque municipal como Benedicto, jardinero mayor, que le enseñó nombres de plantas que no figuran en los libros. Por eso en estas páginas descubrimos las denominaciones de Linneo, pero también la versión sevillana de las plantas.

En las flores mezcla denominaciones de gracejo popular con su sello de rescatador de crónicas históricas. Nos dice:

Y junto a la presencia jazminera, el *Mirabilis jalapa*, que es planta de muchos nombres: Dondiego, donpedro, donjuán de noche y uno más, que le viene de antiguo: arbolera. Así le llamó [el poeta Francisco de] Rioja y con tal denominación se rotuló una calle sevillana allá por la Ronda. Que lo de donpedro de noche se usó también lo testimonia Argote de Molina, que habla de un caballero del XVI así motejado —don Pedro de Guzmán— por la dulzura de su voz y de su trato, aunque no sé si por extremado galán o por adamado, como por entonces se decía.

Sobre los Jardines del Alcázar huye de la descripción porque prefiere la divagación. Y se pierde entre los arrayanes sintiendo la “sombra del poeta sanguinario, el rey Almotadid, la de su hijo poeta y rey también, Almotamid, dulce cantor de la flor, del agua, del vino, de los labios rojos como cerezas”.

Pasea ante los naranjos del rey don Pedro, “plantados en el primer jardín cristiano del recinto, allá por el siglo XIV”. Presenta al rey Cruel o Justiciero, borrascoso y pasional. Al príncipe don Juan, el malogrado hijo de los Reyes Católicos que nació en el Alcázar, a la emperatriz Isabel de Portugal. Y nos pasea también por las tertulias de ilustrados con el asistente Olavide, además de recordar las lecturas de Lorca, Salinas y Alberti, o el episodio de cómo los jardines fueron “escondrijo de un Miguel Hernández acosado, sentenciado ya a raíz de la más cruel de las guerras y sombra también de Joaquín Romero Murube, fino alcaide jardinero”.

La naturaleza en Sevilla, como otros libros de Ferrand sobre la materia sevillana, es un libro elegíaco, aunque tenga la chispa y frescura del periodismo. Porque en el fondo conocía que todo el que ama Sevilla sabe que canta algo irremediablemente perdido.

En *Jardines de Sevilla* se nos presenta un Manuel Ferrand que anota páginas del natural, pero que también consulta en memoriales del pasado. Y habría que añadir que además plantea las dimensiones imaginativas del escritor. Por eso caminamos por territorios deliciosamente fronterizos: crónica periodística, aire de novela, además de ensayo literario e histórico.

Propone el autor un recorrido por jardines perdidos, imaginarios y hasta “fingidamente soñados”. En estos textos, Ferrand añadía el matiz del dato histórico, pero después dejaba volar la imaginación: “Para lo demás, que trabaje la fantasía, que otros datos no tenemos”. Y, a partir de ahí, iniciaba el despegue de las ficciones deliciosas, porque en muchos de estos textos adivinamos novelas en germen, toda una simiente de narraciones posibles que él deja apuntadas, como la pincelada de un cuadro impresionista que sólo podemos comprender cuando lo contemplamos de lejos.

Describe Manuel Ferrand las quintas de placer, las villas de recreo de la Sevilla del pasado como el pago de Miraflores, que se encontraba más allá de la Barqueta siguiendo la muralla de la Macarena. Era allí donde estaba la Hacienda de las Flores de Benito Arias Montano. Y no muy lejos la Hacienda del Corzo de su admirado Baltasar del Alcázar. Entonces es cuando surge el novelista: “Yo los imagino amigos y paseantes en charlas caudalosas, porque tenían aficiones afines: la vida, los libros, Sevilla, las plantas y, casi con toda seguridad, los saberes misteriosos, porque los dos eran iniciados”. Los imagina oyendo la campana de espantalbures en toque de oración en la Cartuja de las Cuevas y después llegando a la huerta de Hernando Colón, el hijo del almirante, que por entonces se encontraba ya abandonada.

Yo he caminado por esta Sevilla de Ferrand reconociendo esos paisajes históricos y también levantando ficciones cuando él apunta a esas escenas que quizás –quién sabe– pudieron desarro-

llarse en el pasado. Porque él se nos revela como un periodista de nuestra memoria. De la ciudad y de nosotros mismos.

Pero sigamos paseando. Nos va indicando Manuel Ferrand que llegamos a las Delicias, luego llamada el Patín de las Damas, que se extendía de la Barqueta a San Laureano. Eran las Delicias Viejas porque más tarde el asistente Arjona crearía las Delicias Nuevas desde San Laureano al Puente de barcas. Si siguiéramos caminando por esta Sevilla recreada por Ferrand, hallaríamos el Paseo del Malecón. Y desde el puente a la Torre del Oro, la Alameda de Arenal, ya desaparecida. Donde estaban las viejas Atarazanas hallábamos el jardín marino de los barcos de la Carrera de Indias con “fondo de arboladura de naves”. Un bosque ultramarino en el lugar en el que estaba el Compás de las Naos y todo el poderío de la Sevilla del Siglo de Oro.

Manuel Ferrand nos adentra en jardines bajo la lluvia, jardines nocturnos y por un parque con neblina, como un “desvaído boceto de decorado de teatro”. Y siempre apuntando el detalle: “Alguien llegó a pensar, y me lo decía en cautelosa confidencia, que la neblina es invento de los jardines para recobrar el sosiego”.

Camina por jardines imaginarios como el Jardín de los Toreros con “banderillas de nardos (...) y círculos de albero donde crecen brotes rojos y apretados de geranios”. Un jardín para recorrer con el resplandor de la tarde, jardín torero con brisas que llegan de las marismas de Fernando Villalón.

Y hasta nos invita a entrar en un sorprendente jardín barroco: “A un lado y a otro, ángeles lampareros en simulacros de saltos, sujetos a las ramas de alerces” y donde los “troncos de las acacias juegan a columnas salomónicas”. Y añade con su precisa pincelada narrativa: “Es jardín para atardeceres de otoño, fastuosos y tristes, con la arboleda revestida de oro antiguo, de oro de retablos, de marcos de museos, de estofado de imagerías”.

Todo escritor sevillano ha novelado o poetizado el Guadalquivir. También lo hizo Manuel Ferrand indagando en sus riberas y en lo que se refleja en el agua, como si en realidad fuera un portentoso espejo de la ciudad: “[El Guadalquivir] recoge el reflejo de las fachadas vecinas, de la torre guardiana, sobre todo, encendidas por el oro del poniente. [...] Quiebra brillos y hasta

los balancea, con el sol por lo alto, fingiendo levísimo oleaje, por halago de la brisa”.

Manuel Ferrand no fue sólo hombre de deliciosas metáforas, también de los placeres mundanos. Ahí está su libro *Gastronomía sevillana. Elogio y estirpe de una cocina tradicional*. Antes de que sufriéramos esta fiebre moderna de concursos culinarios y recetarios sobre el arte de los fogones, Ferrand le dedicó un libro a la historia de la cocina en Sevilla. Es un libro que tiene su inicio en una serie en ABC, cuando en los periódicos se practicaba el noble ejercicio de la buena escritura y el fondo del saber. Y que comienza con un título delicioso: “De lo mucho y bien que comían en Sevilla los que comían”. Como vemos, siempre con su humor y finísimo estilete de ironías.

En este libro Ferrand nos da noticia de lo que el sevillano ha comido desde hace siglos remontándose a tiempos romanos. Se detiene en la tradición del buen pan recordando a Lope de Vega cuando en *Los Vargas de Castilla* aludía al “pan de Sevilla regalado y tierno”. Luego, nos pasea por las tahonas sevillanas donde se elaboraba el pan blanco o floreado, es decir, “de harina candeal o flor de harina” y el pan bazo, algo así como el pan integral entonces desdeñado. Y el pan bizcocho que servía para las largas jornadas de los navegantes en las travesías ultramarinas. También nos advierte sobre el pan de tiempos andalusíes en el famoso tratado de Ibn Abdun en el siglo XII que advertía cómo se debía vigilar atendiendo a su cochura.

En esta cartografía sevillana, Ferrand explica la cocina de los cartujos de las Cuevas y la famosa sopa de tortugas de las que, por cierto, los arqueólogos han encontrado restos de caparazones en la alberca que los monjes llamaban la galapaguera.

Manuel Ferrand deleita con recetarios antiguos del aceite, la antigüedad del gazpacho anterior al tomate americano, las bebidas de agraz usadas como condimento y la dulzura de los panales, el panal de rosa, como escribe Juan de Mal-Lara, y que en Madrid se llaman azucarillos, como nos recuerda la zarzuela.

Manuel Ferrand describe estos platos del pasado para detenerse ante un cuadro. Aparece entonces el profesor de Arte ante el lienzo de *El aguador de Sevilla*, de Velázquez, y nos apunta a la copa de agua con la enigmática breva en el fondo. Y se pregunta

si era para endulzar el agua o para secretos remedios que aliviaban los padecimientos del vientre. Ferrand describe, hermosea la estampa, documenta brevemente, sólo con la virtud de la pincelada, y luego deja una metáfora en el aire: el detalle inquietante de la breva en el fondo de una copa de agua de hace siglos...

En este prodigioso paseo por Sevilla nos descubre los peces del río, incluso los que ya no existen. Ahí vemos los sábalos, anguilas, lampreas, camarones y los albures que siguiendo el consejo de las crónicas antiguas aconseja pescar “desde San Juan hasta Santa María de Agosto”, que es cuando están más en sazón para prepararlos con salsa de agraz y canela.

Ferrand, que siempre estaba atento a los cambios caprichosos de la lengua, advierte de las modas que escamotean y olvidan los nombres sevillanos: “Ya se les va llamando alcachofas a los alcauciles, callos al menudo, alubias a los chícharos, y a las tapas, aperitivos”, porque él vive en una Sevilla en profunda y también trágica transformación.

No quería olvidar en esta Sevilla “ferrandiana” la importancia del queso y las berenjenas porque él consiguió recrear la cena más famosa de nuestra literatura. Un día de 1973, con su amigo José María Osuna, se le ocurrió repetir la Cena Jocosa del poema de Baltasar del Alcázar, el llamado Marcial sevillano. En el banquete memorable se comieron –como dictan los versos– ensalada, salpicón, morcilla, queso, berenjenas y moradillas en escudillas que simulaban las del siglo XVI.

Esas aceitunas moradillas que describía como “fruto charolado que sabe esponjarse sin perder tersura”, que “pasma por su fotogenia” y “propensión al relleno”. Ferrand desvelaba su naturaleza olivarera con ese juego de humor que llevaban siempre sus artículos: “No van mis simpatías por la aceitunilla negra que se ve por la meseta, chirimbolín de luto que escurre su amargor oscuro alrededor, lo mismo que una mancha. Ni por la oliva como pasa, arrugada y triste. Me quedará siempre con la bruñida y lisa, tierna y succulenta aceituna de esta tierra. Con salmuera o con aliños de orégano, naranja y compañía”. ¿Se puede contar con más donaire la sencillez de una aceituna del Aljarafe?

Por ir concluyendo me detengo en el barrio de Manuel Ferrand, el lugar que convirtió en espacio literario en su novela

Con la noche auestas. Los Remedios con sus casas de largos pasillos, con un aire geométrico y un poco colosal, marmóreo, frío. El barrio que sirvió como referencia para la burguesía sevillana de los años sesenta, el lugar nuevo en el que se instalaron las familias pudientes de la época, como ocurrió con el madrileño barrio de Salamanca en el siglo XIX. El barrio de la modernidad sin tradición literaria que, al final, escondía una novela.

En *Con la noche auestas* hace frío, hay candelas en la noche, andamios, obras, charcos negros. La historia simple de Tirso, el guarda de la obra, y Castro, el sereno del barrio, es un ejemplo perfecto de personajes de novela de Ferrand. No pasa nada aparentemente. Hasta que ocurre ese final imprevisto y un punto apocalíptico, un epílogo que ha marcado a todos los que han leído la novela y vuelven a sufrir cuando salen nuevas noticias sobre las grietas de algunos edificios. En la novela, el sueño poderoso del barrio opulento queda en nada, en ruinas, derrumbado, sólo como tumba de un hombre. Y ese final perturbador: «Un ruido grave, prolongado, como de tormenta o explosión lejana».

En esta Sevilla de Ferrand no está sólo la evocación histórica y literaria, también la crítica a su presente. Fue un periodista excepcional que supo radiografiar su tiempo. Y sus artículos nos sirven para entender la ciudad de entonces, no tan diferente de la de ahora mismo. Veamos el artículo “Sevilla no responde”, publicado en marzo de 1985, sólo unos meses antes de su muerte, cuando critica la indolencia de la ciudad al mismo tiempo que la considera víctima del centralismo: “Sevilla duerme. Lleva muchos años, demasiados, en dulce y peligrosa siesta, sin trazas de abrir los ojos. Dormida sigue mientras se desliza temerariamente hacia una innecesaria mediocridad”.

No salió indemne el paisaje humano de Sevilla, pues Ferrand dedicó severas críticas a sus paisanos, como diría Cernuda. Llamó ciudad de los enanos a la Sevilla del franquismo con la que tuvo que lidiar. En su novela *La forastera* describe esa ciudad: “La incomprensible ciudad suntuosa y pobre, cada año con más fastos y más ruina. Increíble ciudad en manos de unos cuantos, los de siempre –qué fuerza la de los linajes– y los advenedizos, dominándola desde escaños misteriosos que no son propiamente los oficiales”.

Y en esa misma obra usa la metáfora de los enanos para criticar una clase social que marcaba –y quizás sigue marcando– los destinos de la ciudad: “A los enanos no les gusta la jardinería, sino las macetas; ni la pintura, sino los cromos; ni la industria, sino la artesanía de baratijas, porque son romos y ayunos, chamarileros de vocación y voceadores de mercadería pinturera y menuda”.

Este año 2025 conmemoramos el centenario de Manuel Ferrand, aunque él se nos fue demasiado pronto. Sí, decididamente demasiado pronto. Nuestro compañero académico –también ya desaparecido– Antonio Burgos recordaba en un artículo la sesión de la Academia de Buenas Letras en la que se encontró con él por última vez, sólo tres meses antes de su muerte. Era un 30 de mayo de 1985: “Tuve aquella mañana de San Fernando la cruel impresión de que estaba abrazando a un frac vacío. La muerte nos estaba dejando a Manuel Ferrand en los huesos”.

El hombre que nació en una hermosa casa de la calle Rodrigo Caro, que vivió su infancia en la Sevilla un poco salvaje del nuevo Nervión, que incorporó el barrio de Los Remedios en las cartografías literarias de la ciudad y que construyó una fabulosa teoría de la ciudad murió el 30 de agosto de 1985. Ese mismo día un toro había atravesado el corazón al Yiyo. Las redacciones de los periódicos hervían con la noticia. Al día siguiente, la noticia de la muerte de Manuel Ferrand aparecía esquinada, eclipsada, casi secreta. También en su ABC que había decidido que la portada sería para la muerte trágica del torero.